



POR FRANCISCO
LOZANO
DÍAZ-PORTALES

¿Educar en qué y para qué?

Hoy, más que nunca, se confía ciegamente en la educación. Son muchas las esperanzas y aún más las expectativas de quienes apuestan por la educación de los individuos, como solución a los muchos problemas planteados en nuestro más inmediato entorno. Cada día son más las exigencias que brotan desde todos los ámbitos y sectores de la sociedad. No hay más que echar una mirada en derredor para ver cómo surgen "programas educativos" para remediar los males que padecemos: prevención contra el SIDA, el alcoholismo, la drogodependencia, la higiene y salud mental, solidaridad con los pueblos vecinos, educación cívica y moral, educación para la no violencia y la paz, para encontrar trabajo, para... un largo etcétera hasta casi el infinito. Todo quiere solucionarse desde la educación. Y lo que podría ser de algún modo cierto deja de serlo por la impertinencia de que lo sea. Ciertamente la educación es algo de todo esto; más, de lo que no se dice; y nada, nada, de solución para erradicar el dolor de tanta lacra social.

La educación es posible, pero no más allá de los límites naturales que impone la misma naturaleza del sujeto. Además, no podemos olvidar que la educación se genera dentro del ámbito socio-cultural, donde los valores sociológicos forman también parte de las luces y las sombras de la educación. Y, precisamente por ello, ésta se ve contradicha, contraria-

da y controvertida. Mientras se promueve la educación para la no violencia y la paz, las naciones se apresuran al rearme para las más sofisticadas guerras. Mientras se pide educar para la capacitación laboral, se destruyen los tejidos industriales, se empobrece el campo y se arruina el comercio interior y exterior. Mientras se proclama la exigencia al respeto y a la igualdad de derechos, se promueven los mayores escándalos de atropello y de corrupción política y social. Mientras se reclama la presencia de la familia para acoger al enfermo de sida o de cualquier otra enfermedad social, se aniquilan los valores familiares. Y... así podríamos seguir enumerando lo que todos de sobra conocemos.

No es posible educar en este ambiente tan demencial. No es posible educar críticamente ni en la autonomía personal, cuando son los propios padres quienes sienten necesidad de protegerlos hasta la saciedad.

A pesar de todo, la educación tendría como objetivo facilitar que la acción humana se encaminase a hacer más humano y mejor el mundo que habitamos, pero a la educación no le compete, no es su misión, hacer un mundo mejor; esa transformación es incumbencia de la acción política y social. Pero cómo hacer más justo el mundo, si los grandes conflictos y las mayores corrupciones vienen generados por los políticos. Cómo se atreven a resaltar ahora el va-

lor imprescindible de la familia, cuando previamente han destruido la moral familiar. Cómo hacer un mundo más humano y ecológico, si estamos viviendo la destrucción de la naturaleza y el mayor de los descaros en el empleo de recursos tan básicos como el agua. No, no pidamos milagros a la educación cuando la sociedad y los políticos se la están negando descaradamente.

En esta espiral creciente, cada día es mayor la avalancha de demandas que recibe la Escuela (ecologismo, circulación vial, salud, consumo, recogida y tráfico de todo tipo de materiales, concursos, certámenes, competiciones... "educación para la vida"). Educar para la vida entra en contradicción con educar para los valores (pacifismo, solidaridad, tolerancia, justicia, autenticidad...). Haciendo hincapié en esto último, si la Escuela tuviera que educar fielmente para la vida, tendría que hacerlo en los valores que la vida prima a través de su soledad: violencia, insolidaridad, agresión, intolerancia, competitividad, corrupción, injusticia, falsedad, apariencias, mentira, falacia... ¿No resulta un contrasentido? La vorágine nos arrastra. La Escuela comienza a sentirse desbordada. Si no ponemos remedio es posible que se llegue a colapsar.

Sólo sería posible la educación, en su sentido más profundo, cuando todas las fuerzas responsables quedaran comprometidas en un proyecto común.